

CUANDO SE ABRE UN ADENTRO

Autor: Gisela Avolio

Parte de lo asombroso del *proyecto freudiano* es su ética que retornó iluminada por la lectura de Lacan en varios de sus seminarios, lejos de los fines de la moral tradicional que instala el deber hacer en la medida de lo posible, el psicoanálisis descubre en su lugar el deseo como una medida inconmensurable, una medida infinita que se juega en el psiquismo de un modo en el que no hay bien sin mal, o sin sufrimiento y que explica porque el hedonismo fracasa para explicar la mecánica de ese deseo. Puesto que el narcisismo y la ambivalencia son las condiciones del aparato el sujeto puede encontrar el Bien supremo en el malestar.

Articulando homeostasis y placer, las zonas que darán lugar al Yo se van diferenciando al compás que lo construyen apoyados en la topología de los conjuntos esa zona *exterior* (el Lust) que ira “ocupando” el Yo al mismo tiempo lo intranquiliza o lo agita porque va produciendo esa diferencia entre placer purificado, y lo inasimilable de lo cual se desprenderá el Unlust. El esculpido de este no-yo es a consecuencia de lo que hace mella en el Yo cuando el funcionamiento homeostático no logra reabsorber del todo el objeto, es aquí donde encontramos el fundamento de lo que será el objeto hostil, la “Cosa”, Das Ding. (Sem 11)

Esa intranquilidad no significa desaparición del aparato, por el contrario, es una cercenadura o corte que engendra una superficie volteada hacia *afuera* donde localizamos al sujeto con sus defensas respecto de lo que hay *adentro* (las representaciones, los afectos, las pulsiones).

Esta concepción espacial reversiva del psiquismo nos muestra que el Umwelt e Innenwelt cuentan con bordes muy sensibles, tanto como para que se afirme que la realidad no es más que psíquica. De allí en adelante el deseo, y la fantasía son la estofa de esa realidad, y el mundo de la percepción es devenido de esa alucinación fundamental sin la cual no habría atención alguna disponible.

En esta topología de la subjetividad una primera captación de la realidad se constituirá en el núcleo del funcionamiento del aparato, el Nebenmensch. Una fórmula freudiana que articula poderosamente lo marginal y lo similar, la separación y la identidad.

El Ding será ese elemento aislado en esta experiencia, por su naturaleza extranjera, incluso hostil en torno al cual se organizará todo el andar del sujeto, es decir un emplazamiento de orientación subjetiva que constituirá una primera elección del modo de relación que el hombre tendrá con la realidad {Sem 7} y que esencialmente implicará el rechazo o no, del apoyo en el orden simbólico.

Así de estructural y estructurante es esta instancia del proceso que por otra parte permite afirmar que esa “extimidad” {Sem 7} no se prefigura de entrada, sino que con las paredes/palabras mismas es contorneado un vacío.

Ese *adentro* no está antes de un *afuera*. Ni ese *afuera* gana existencia hasta tanto no contiene un mundo de objetos anhelados que nunca serán vueltos a encontrar.

Ahora bien, una idéntica topología encontramos en el mecanismo de la negación “esta es una división original de la experiencia de la realidad [...] desde el interior del sujeto resulta llevado en el origen a un primer exterior” {Freud}, división que aparece en la forma del “no”, bajo el cual se presenta esencialmente la represión.

Es posible entrever una vez más esta lógica: no hay existencia de ese interior-exterior que no se desprenda de un acto psíquico, es decir del juicio de atribución más luego el de existencia, o sea que es necesaria una función intelectual que emergiendo con la apoyatura en las pulsiones permita al pensamiento un primer grado de independencia.

“La negación como operación lógica escribe Anabel Salafia en “El fracaso de la negación” {...} comporta la afirmación de la existencia del objeto del cual se dice que *no es lo que es*. Es allí, en este *no es lo que es...* {y que} ... hace al hecho de que la negación sea una operación de admisión de lo reprimido” {...} “Esa afirmación (Bejahung) se corresponde con una expulsión del elemento identificado como...no-yo {y que} es la condición de la conformación de un primer exterior”.

Cuando una falla en esos tiempos constitutivos ha impedido que las palabras esculpan *por vía de levare* las fronteras de un vacío alguien puede no contar con la existencia de un lugar propio que lo distancie del Otro con su objeto.

Un niño llega a un tratamiento habiendo recorrido sus primeros años de vida con dificultades para aprender y comprender, pero fundamentalmente asediado por la sonorización del pensamiento, al principio se trataba de un ruido difuso (aludía a espadas que afilaban) que paulatinamente fue cobrando forma humana en un “llamado” cuya voz acéfala y venida de un *afuera*, pronunciaba su nombre y una frase inconclusa que escuchaba en idioma extranjero.

En la medida que el tratamiento avanzaba ese “llamado” se intercalaba con espacios de silencio, mientras que el murmullo de los personajes de los juegos que imaginaba hacían esgrima con la voz enigmática. Un tiempo después (fue quizás un momento de concluir), aquella frase siempre en suspenso atrapó un significante que puso un punto de cierre, y al mismo tiempo de apertura a la significación (del falo). El niño refiere alivio por “recordar” esta palabra y descubre que esa frase (en idioma extranjero) dictaba “*alguien está enojado con vos*”.

Con apenas 10 años de edad su derrotero fue la pregunta ¿por qué razón esto podría ser así? no tardaron en venir los compañeros de esa cadena significante y halló un argumento: el enojo que en una ocasión su padre había tenido con él cuando era aún más pequeño. Entonces una intervención de la analista le propone pensar que si esta sanción ya no era anónima y estaba en su recuerdo quizás la voz de la insistencia no venía del lugar donde él la localizaba (*afuera*).

Es allí cuando él dice con estupefacción una formulación plena de lógica, y con la que parecía que casi se dividían las aguas de la indiscriminación yoica: “*yo no sabía que venía de adentro de mi cabeza, yo pensé que venía de afuera*”.

La frase que contenía el símbolo de la negación “yo no pensé que venía de adentro de mi cabeza” precedió a aquella que en un segundo tiempo admitía la existencia de lo que *no* era el afuera y que podríamos hacer equivaler a la emergencia de un *adentro*, figurado para el niño en el significante “cabeza”.

Justo allí parecía que se inauguraba un *adentro* al mismo tiempo que un *afuera*; una “extemidad” que albergaba la resonancia de una voz (¿superyoica?) que podía convertirse en recuerdo con ese mismo acto. Una voz *interior* que parecía que se aproximaba más a una ganancia simbólica (como a la que refiere Freud en Malestar en la cultura), que a un retorno de lo real.

Nos equivocariamos si creyéramos que el análisis cerró el círculo, que marcó sus fronteras, que halló la última palabra, pero sí nos es posible afirmar que la Cosa que hace a la ética del psicoanálisis, ya está en función...

